



Se inicia con este número una sección que pretende estar presente en todos los números de la revista a cargo de Pelayo Pérez. Bitácora se refiere a los cuadernos de navegación; aunque actualmente se utilice en la 'red' con el nombre de 'blogs' para recoger todo tipo de noticias, textos u opiniones.

Nuestra intención es mantener una sección que recoja las ideas generales y los fenómenos actuales, así como las morfologías y tendencias que configuran el mundo junto con las reflexiones que al respecto nos resultan más destacadas. Así pues, ni crítica de libros, ni crítica de filosemas o teorías, un intento de «navegar, orientándonos por la razón, en el confuso océano del presente y en cambios constantes..».

DISCOVERY.

Pelayo Pérez. Oviedo.

“¿ Hay un aquí privilegiado ? Sí. El cero absoluto cinestésico, el cero de energía.” E. Husserl

“Ahora los objetos me perciben”. Paul Klee.

El entorno aparece ahora, a través de los medios tecnológicos, sorprendiendo a nuestra mirada. Una mirada que, desde la “mansión domótica” hasta la más sencilla de nuestras “estancias”, permite ‘ver’ en las pantallas del televisor cómo los astronautas de la última misión del Discovery (la última mientras escribo estas líneas: Agosto del 2005) salen al ‘exterior’ de la nave, anclada por lo demás a la estación orbital permanente, para efectuar reparaciones en la misma. Un brazo robótico colabora en la arriesgada operación. Podemos ver parte del morro del transbordador espacial e incluso leer la palabra *Discovery* pintada en su lomo metálico. Al mismo tiempo, la escena nos deja ver parte del planeta tierra, su azulado contorno y manchas blancas nubosas. Cambia la escena, y ahora la pantalla nos muestra la sala de operaciones de la NASA, donde técnicos atareados y tensos observan las imágenes de sus respectivas pantallas televisivas, así como las de sus ordenadores, máquinas de cifrar y descifrar los datos ocultos para nuestros ojos.

He escrito al inicio de estas notas que nuestra mirada era sorprendida por la tecnología. Pero estaba anticipando mi propia sorpresa, una sorpresa reflexionante que, en cierto modo, la anula. La mirada sorprendida no tiene tanto que ver con los “medios tecnológicos”, con el paseo espacial de los astronautas, con las dificultades, etcétera, aspectos que forman parte de nuestra cotidianeidad. La sorpresa tiene que ver con el hecho de que no nos sorprenda. Pero ¿ qué es lo que debiera sorprendernos en esta escena relativamente ‘familiar’? Una es contemporánea de la propia escena retransmitida y la desborda, pues nos incluye a nosotros, los telespectadores; la otra tiene que ver con la génesis misma de esta y nos remite a su temporalidad, en el límite a la percepción.

Si retomamos la escena sucintamente presentada en las líneas anteriores, su conjunto nos presenta “algo” que, como espectadores comunes, pasamos siempre por alto: el tripartito que componemos: los astronautas y su nave, el complejo en tierra de la NASA, y nuestra sala de estar, en la cual alguien mira un televisor donde el ‘paseo espacial’ es retransmitido. El vínculo entre unos y otros viene dado por la tecnología: en este caso la

televisión, pero no sólo, pues entonces excluiríamos al propio Discovery y a todo el complejo aeroespacial que lo hace posible.

El Mundo parece haber salido del suelo de la Tierra, asentando sus reales en el “escalón” siguiente, desde el cual contempla y domina el “entorno tierra-luna”. La espacialización cobra aquí una dimensión antropológica que se diluye en las sondas exoterráneas y que exploran los espacios siderales, más allá del sistema solar incluso. La paradoja de esta salida es que parece buscar lo mismo que, regresando, ya existe aquí. Pues si retomamos el otro polo de nuestra sorpresa, la percepción en sí misma, en el límite del cuerpo, *el presente vivo* que articula su temporalidad mediante la espacialización y su dominio, entonces, antes de entrar en tal suceso, parece que el “principio antrópico” que tantos científicos postulan e investigan en sus salidas cosmológicas, estaría ahí, manifiesto, ante sí mismos.

Esta ocasión nos vino dada por la lectura de un artículo en la revista *Chimeras*, fundada por Deleuze y Guattari, de Paul Virilio titulado *Vitesse, vieillesse du Monde*¹ y que enmarca con el sintagma “Control del entorno”, remitiéndonos al uso que este término técnico tiene para designar actualmente “las prótesis que equipan a los parapléjicos o a los tetrapléjicos para permitirles intervenir en su entorno sin desplazarse (el famoso “Catalavox”, por ejemplo, o el “Tetravox”). Luego nos informa que, curiosamente, el “enfermo equipado de estas prótesis” deviene hoy el modelo válido superequipado, es decir, la “mansion domótica”, que no es otra cosa que la aplicación al espacio doméstico de las tecnologías del handicap. Trae a colación una larga cita del fundador del laboratorio de inteligencia artificial del MIT, Marvin Minski, que termina su definición anticipatoria (1981) de esta aplicación actual con estas palabras: “...*Gracias a este instrumento* (se refiere a un “vestido” que desdobra tecnológicamente las funciones de los brazos, las manos y los dedos), *usted puede trabajar en otra pieza, en otra ciudad, en otro país o en otro planeta. Esta tecnología se llama la telepresencia.*”

La cuestión ahora que, según creo, el vínculo con la escena narrada al inicio de estas páginas y el artículo de Virilio queda de manifiesto, nos lleva al planteamiento que, desde este “control del entorno” espacial, mediante la extensión de los órganos corpóreos más allá de sí y del propio suelo terráqueo, retomábamos con la expresión “sorpresa reflexionante”. La que nos pone ante el propio fenómeno de la percepción: es, por decirlo rápida y rectamente, el hecho mismo de “ver, de oír, de tocar...”. Así, del gesto banal que la escena primaria mienta: estoy viendo la televisión...a la sorpresa del “estoy viendo”. Desde Husserl, y veremos más adelante por qué lo citamos ahora y por qué escribimos estas líneas, hasta Maurice Merleau-Ponty, la “fenomenología de la percepción” ha sido un tema central de la investigación filosófica, que no hace sino retomar el primado de la visión que en Platón tiene su origen. La epistemología tiene aquí su centrum y las ciencias neurofisiológicas su cruz. La etología ha abierto una vía materialista a los dualismos del sujeto y del objeto que el positivismo cartesiano no parecía superar. Precisamente, como nos recuerda Patricio Peñalver con suma pertinencia en su artículo sobre Derrida publicado en Julio, en el número cero de esta revista, es ésta una falla en la fenomenología idealista que el *Dasein* heideggeriano deja ver claramente: la ausencia del fenómeno zoológico, del animal reducido a objeto de laboratorio.

¹ *Vitesse, vieillesse du monde*. Paul Virilio, en *Chimeras*, nº 8, verano de 1990. La traducción de los párrafos y citas del texto de Virilio son nuestras.

Cita Peñalver a Bueno en su artículo, aunque para otros fines y otra ocasión, pero Gustavo Bueno circunvala y extiende su presencia en todo este recorrido, precisamente, entre otras cosas, por su “fenomenología materialista”, por el pluralismo que introduce, y por la inclusión consecuyente y necesaria del “animal”, que conformará el *eje angular* conjuntamente con el *eje radial* y el *eje circular*, que configuran el *espacio antropológico*, como se ve postcartesiano, triádico y crítico con la epistemología dualista que mantiene el primado de la relación sujeto-objeto. En este sentido, su crítica al estructuralismo formalista de Piaget queda totalmente justificada, puesto que Piaget reivindica una epistemología sustentada en la génesis biológica del conocimiento, pero excluyendo de ella materialmente, de donde su formalismo, al *eje angular*, a los animales y a la etología, por más que el recurso a la biofisiología y a la conducta parezcan incluirlos, pero que en realidad quedan reducidos al *eje radial*. Así pues, los fenómenos observados y las conclusiones a las que llegan no hacen sino remarcar el “campo” fenomenológico estudiado, fundamento de su “psicología genético-estructural”, que no es otro que el lingüístico-conductual y representacional, correlato del *eje circular*.

Pero en este “control del entorno”, tecnología mediante, no deja de sorprender uno de los últimos textos del propio Bueno, *Televisión: apariencia y verdad*², donde esta epistemología parece reaparecer con una potencia inusitada: la de la *telepresencia* que destacara M. Minski. Pues si la técnica es un producto del sujeto operatorio, una prolongación del mismo, lo que tenemos ahí es, de nuevo, una relación “sujeto-objeto”, aunque bien es verdad que plural, extendido distributivamente por el Mundo...Bueno nos obliga a recorrer ese gran último producto de la tecnología humana: la televisión, ante la cual el sujeto ha dejado de sorprenderse y asiste a las “presencias” del mundo en tiempo real, de uno a otro confin o incluso, como estamos viendo, aún más allá, hasta el espacio exterior...sentado en el “interior” de su domótica estancia.

Volvamos a Husserl, pues Virilio se centra en un texto que nos sorprendió hace unos años y que, procedente de los archivos husserlianos de Lovaina, se publicó relativamente hace poco tiempo, se trata del muy interesante y breve texto titulado: *La Tierra no se mueve*.³

Este texto de Husserl está escrito con posterioridad a su ya célebre *Crisis*, en 1934 y responde como áquel a la “máquina de movilización total” que ya entonces mostraba su pujanza, poniendo de manifiesto la ruptura entre la física y la filosofía. A partir de entonces, Von Braum, Penemunde, Hiroshima, alcanzarían su punto álgido tras el alunizaje en 1969, que marca la descentración del arché que ostentaba la Tierra y su correlato: el egocentrismo husserliano. Este punto de vista fenomenológico sobre la “fijación fundamental del mundo como protofundación de sentido”, ¿qué validez tiene, qué resta de ello hoy en día?, se pregunta Virilio. El “punto cero”, la fijeza designada por Husserl a la Tierra no se diferencia del *axis mundi* de los antiguos ni de ese *presente viviente* del que hablara Ludwig Boltzmann, constituido ahora como la autoreferencia absoluta, referentes que empero se están construyendo al mismo tiempo que las tecnologías *del asalto al mundo* y que, como ya hemos reseñado, a partir de Julio de 1969 y el “desembarco lunar”,

² Televisión: Apariencia y Verdad, Gustavo Bueno, ed. Gedisa, Barcelona 2000

³ La Tierra no se mueve, Edmund Husserl. Excerpta Philosophica 15. Fac. de Filosofía Universidad Complutense, 45 págs. 1995. Aquí hemos utilizado las citas de Virilio del texto de Husserl, traducido al francés en 1987.

transmutarán el suelo primordial en un “entresuelo”. Ahora bien, estos viajes del *Discovery*, este dominio de las *telepresencias*, estas prótesis antrópicas y las nuevas morfologías biónicas que se anuncian, ¿son suficientes como para hablar de des-centración, sea de la Tierra sea del Ego?

En el texto de Virilio no se diferencian claramente los planos fenomenológicos de los propios fenómenos positivos, no se mienta la epojé, ni la “conciencia pura” que puede, aunque metafísicamente, postular el “tiempo cero cinestésico” y la fijeza del suelo, de la Tierra que no se mueve. Por otra parte, el movimiento nos pone ante la temporalización, ante el gesto y la construcción de la propia subjetividad como intersubjetividad, la cual sin áquel no podría ejercerse, es decir, la conducta operatoria del ego corpóreo. Pero Virilio, como nosotros mismos aquí, no ha escrito un artículo de crítica filosófica, sino que nos presenta a través de los fenómenos de la astrofísica y de la reordenación del Mundo – la casa domótica, las tarjetas de crédito, los hoteles como parkings, las prótesis tecnológicas, etc.- unas morfologías propias del final del pasado siglo que encuentran en Husserl o Boltzmann los referentes anticipatorios, críticos, filosóficos de este Mundo descentrado.

La puesta en relación de las intuiciones e investigaciones del fenomenólogo convencido, por metafísicas que resulten, como asevera Paul Virilio, con la cosmología resultante del despliegue científico-técnico de la propia época de Husserl-Boltzmann por ejemplo hasta nuestros días, es el caso del Big-Bang, que propician análisis sugerentes que aquí sólo hemos insinuado a través de conceptos tales como *presente viviente* y *ego-centracion*. Así la cuestión de lo que hay en el “primer minuto del universo, de la intensividad de una duración sin duración, de un tiempo cero” ha sucedido, después de la guerra mundial, a la cuestión filosófica hasta entonces habitual: “¿qué hay en la conciencia del instante, de la intensidad del ser-aquí?”. Este desplazamiento es revelador de una exterminación de la filosofía, dice Virilio.

Es en estas preguntas, nos parece, donde tanto la mirada de Virilio como la de Husserl, a partir de esta interpretación, muestra la ‘falla’ que, sin embargo, nos permite desde nuestro presente, entender cual es la relación entre la fenomenología y el *materialismo filosófico*, del cual *críticamente* es la continuación y, en este sentido, permite reordenar las interrogaciones que el texto de Virilio plantea. Interrogaciones ante el cambio del Mundo y las nuevas tecnologías que afectan a la conciencia de este agudo sociólogo, el cual parece encontrar en la pasada modernidad un momento de quiebra, de *crisis*, que nos habría abocado a este asalto tecnológico, ego-descentrador. Y sin embargo, es en las tecnologías donde debiéramos detener nuestra mirada, pero para “ponerlas entre paréntesis”, no para juzgarlas ni, por tanto, extraer conclusiones psicologistas, cuando no ideológicas. Pues si “suprimimos” las tecnologías en el momento fenomenológico en el cual son consideradas, y por tanto “la ciencia” en la que se sostienen, según el esquema husserliano claro está, el dualismo ego-mundo nos aboca a un epistemologismo psicologista, que es la cruz husserliana, de donde que ante el “asalto al mundo” que va a ejercer la máquina de movilización total no pueda sino apelar a la Crisis, como reacción ante el irracionalismo que, paradójicamente, esas tecnologías promueven al separarse de la filosofía y dar la espalda a la función que supuestamente esta tiene en el Mundo..

Pero si consideramos la pluralidad de las ciencias, y también de las técnicas, la Crisis se concibe como “particular”, como un momento de la transformación de ese mismo Mundo, momento sin duda crítico, en el límite de la irracionalidad, precisamente por su

reducción mitico-metafísica, por su falsedad, ante la cual reaccionarán otras formas, otros grupos, otras conductas y otras técnicas, otras ciencias. De donde que el Ego no se enfrente a la Cosa, sino que se distribuye, se organiza, transforma y construye el Mundo a partir de los objetos, de las cosas, de las relaciones entre los cuerpos vivientes, entretejiendo una red totalizante, pero que no permite conjeturar un Mundo totalizado que, entonces sí, nos abocaría ante la presunción de su fin. De su Apocalipsis. O a un “tiempo real de interactividad que reemplaza definitivamente el espacio real de la actividad corporal”. Esto es el vacío metafísico, por más que muchos fenómenos actuales ‘parezcan’ responder a esta descorporalización.

La cuestión cobra ahora, en el presente en que escribimos, mayor intensidad, pues las prótesis tecnológicas ya no sólo nos permiten ver los desplazamientos de los astronautas del Discovery, sino escribir y enviar simultáneamente este texto por ejemplo por la ciber-red, estar presentes donde no lo está nuestro cuerpo, usar el multi-móvil, conducir con GPs, transplantar nuestros órganos dañados o envejecidos, clonamos acaso y ser un *presente viviente* al Mundo *globalizado* por medio de estas extensiones tecnológicas. Es este Mundo-Esfera que extiende sus radios más allá del suelo terráqueo el que sí nos interroga, el que sí puede mostrarnos un descentramiento corpóreo, donde los cerebros fijados al cráneo inician su andadura más allá de la mediación del otro, del gesto y de la palabra.

La percepción continúa siendo un fenómeno sorprendente, y los sujetos operatorios, carnales, que miran en derredor manifiestan una racionalidad que se extiende y trasciende a sus mismas operaciones, produciendo así objetos, técnicas, normas, ciencias hasta alcanzar ese límite donde las Ideas configuran el paso crítico de su misma actividad. Si me sorprende la percepción es en la medida misma en que me reduzco a mi mismo, en la medida de mi solipsismo y del predominio del cuerpo fisiológico, de su gratuidad positiva, de “su inexplicabilidad”, es decir, de su ingenua aceptación “natural” no menor que la pseudo-explicación de su existencia emergente, derivada, sobrevenida o, como quiere el dogma fisicalista, producida por la complejización de ese famoso minuto originario... Lo que me sirve para ver, para oír, para medir y, por tanto, para concebir la realidad, es menos la luz que su celeridad – asevera Virilio en otro lugar⁴ . De ahí que la velocidad sirva menos para desplazarse que para ver, para concebir con mayor o menor claridad...” Pero aquí, nos parece que la metafísica de luz, de la velocidad y de la duración, dominan el rico y sugestivo discurso del francés.

Puesto que el texto de Virilio es una excusa estimulante que abre demasiadas vías, será mejor lo dejemos aquí. Pues habría, en caso contrario, que haber dedicado un trabajo extenso, un libro completo, a las direcciones múltiples que este urbanista filósofo nos propone. Que la actualidad tecnológica y global encuentren en los textos de Husserl y de Gustavo Bueno que hemos traído aquí a colación su yunque filosófico, nos muestra que el temor más que justificado del alemán no se confirmó totalmente, pues la filosofía continuó viviendo, ya fuera con Derrida o Deleuze, entre otros, ya todavía entre nosotros en textos como el citado de Bueno. Boltzmann, en una carta a Zemerlo en 1887, habla del vacío sideral, del intervalo donde no hay arriba ni abajo, derecha e izquierda, ni antes ni después, así pues ni pasado ni futuro, “no hay más que un presente viviente. No estoy en desplazamiento; me mantenga quieto o camine, mi carne es el centro y los cuerpos en reposo y móviles están alrededor de mí. Yo tengo un suelo sin movilidad”.

⁴ La machine de vision, Paul Virilio, Ed. Galilée, 1988. Trad. Mariano Antolín Rato, ed. Catedra, 1989.

Una cita del libro de Husserl: “ Estamos propiamente ante el gran problema del sentido legítimo de una ciencia universal y puramente física de la Naturaleza, de una ciencia astronómico-física sosteniéndose en la infinitud astronómica en el sentido de nuestra física de los tiempos modernos y con los problemas de una ciencia de la infinitud interna, de la infinitud del continuo, de la materia desatomizada. En esta ciencia de la infinitud de la totalidad de la Naturaleza, se considera de ordinario que las carnes no son más que cuerpos accidentalmente singularizados, que podrían pues de manera concebible ser enteramente suprimidos y que, por consecuencia, una naturaleza es posible sin organismos, sin animales, sin hombres”.

Desde el *materialismo filosófico* y policéntrico, las cuestiones planteadas por Husserl, y por el mismo Boltzmann, así como esa “voluntad ubicuitaria” de la que habla Virilio, cobran otro sesgo, otras perspectivas que en este presente actual, mientras contemplamos como el *Discovery* prepara su vuelta a la Tierra, tienen sin duda en aquellas y estas interpretaciones fuentes ineludibles y retornos necesarios para afrontar esta esfericidad del Mundo que extiende su radio más allá del límite que la modernidad trazara, alcanzando esa hipermodernidad panóptica y sus nuevas morfologías, las cuales nos urgen a salir de la dogmática y su reducto protector pero inmovilizante.

Hemos dejado para el final el otro polo de la cuestión: la vejez del Mundo, de acuerdo con el título, y como veremos de la obra de Paul Virilio al menos desde la década de los años 70 del pasado siglo. Es este temor, pues de ello se trata, el que remite a la fijeza, al centro, a la “inmovilidad de la Tierra” cuyos referentes encontramos precisamente al final del siglo XIX y que alcanzan “su crisis” con el “asalto al Mundo”, con la movilización total de la Técnica, aspecto que también abrumara a Heidegger, no sólo filosóficamente, sino también en el campo político e ideológico, véase en este sentido el trabajo de A. Hidalgo aparecido recientemente en *Studia Philosophica*⁵.

Virilio, vinculado a Derrida, amigo de Guattari, afronta la crítica de la “velocidad de las transmisiones de información”, el culto del automóvil, el envejecimiento prematuro de la juventud, los cambios acelerados de las morfologías sociológicas y el predominio de las nuevas tecnologías, como hemos indicado, a partir de esa fecha a la que él mismo alude en este artículo que comentamos, la alunización del Apolo XIII. Es como si Apolo, a causa de ese viaje acelerado nos hubiera dejado en la Tierra bajo el dominio de Dionisios, de sus “bacanales” y esquicias. El “envejecimiento del Mundo” no dice de qué Mundo se trata, pero sin duda es el del propio Virilio, nacido en 1932 y, por tanto, él mismo cuando redacta el artículo en cuestión, entrando en la vejez. Pero es que, además, este artículo está escrito tras la caída del Muro de Berlín y por alguien que fuera comunista. Virilio retrocede hasta los referentes fenomenológicos mentados y en los cuales, por otra parte, se formó y encuentra en el texto nuclear de Husserl un referente nostálgico, digamos: “cuando la Tierra no se movía”. El mismo asociará, en otros trabajos como *Vitesse et Politique*⁶ anteriores a los más recientes en línea con el texto que comentamos, como *Cybermondes, la politique de la pire*, de 1996 (Editions “conversation pourdemains/textual”, hay traducción española en Catedra,1997). Entre ambos polos, esta reflexión sobre “el imperialismo de la velocidad” y el envejecimiento del Mundo, cuando aún Internet no había hecho su

⁵ Crítica a Heidegger desde el materialismo filosófico. A propósito de las relaciones entre la técnica, la ciencia y la Weltanschauung. A. Hidalgo. *Studia Philosophica*, Univ. de Oviedo, 2005.

⁶ *Vitesse et Politique*, P. Virilio, Ed. Galilée, 1977

aparición y la fijeza de los cuerpos no podríamos aún vincularla a las pantallas de los ordenadores o de las play-stations, no podía sino remitir a la “fijeza del cadáver” y la esclerotización inmovilizante, polihandicada del anciano. No es, por lo demás, una ocurrencia del pesimismo que destilan las críticas sociologizantes de Virilio, si es que se le puede achacar el calificativo de pesimista. Virilio, al utilizar la plataforma fenomenológica – la in-movilidad de la Tierra, la Ego-centración y los cuerpos móviles o quietos “circundantes, etc.- no puede sino concluir en la Muerte como fenómeno de fijación, de detención de esa “velocidad” que analiza y a la cual considera desmesurada, crítica, a partir del imperio de las tecnologías surgidas en el siglo pasado, producto del positivismo cientista dominante, de esa “ciencia” física que Boltzmann intentó, a su vez, “comprender, categorizar” asistiendo como testigo privilegiado a la dialéctica que las técnicas, las nuevas formas sociopolíticas, la industria, etc.. imprimían precisamente para trans-formar el Mundo, transformaciones que a él sí des-centraron, sí pusieron en crisis “su mundo”, abocándolo al suicidio como se sabe.

Crisis que viviría al final de su vida, a su vez, Edmund Husserl, judío en un Alemania que, desde la década de los años treinta del siglo XX, impulsará su propio mito a partir del uso de la industria y las tecnologías que en ella habían cristalizado⁷.

Han muerto Deleuze, Guattari, Derrida y, por supuesto, Boltzmann y Husserl forman ya parte de la Historia, “fijados” como clásicos. El Ciberespacio, la década triunfal de Internet, de la Información y de las *telepresencias* apunta a nuevas morfologías del Mundo, incluyendo la extensionalidad proteica de la biología. Pero Virilio no puede sino sentirse envejecido, sobrepasado, acaso “descentrado de su Mundo” y busca con pertinencia plataformas “clásicas”, locus, voces y referentes para afrontar la velocidad de los cambios que a todos nos afectan. Virilio remueve y anticipa fenómenos sociopolíticos e ideológicos, en los que ya estamos inmersos. Desde el agujero en la capa de ozono hasta el “agujero en la Tierra”, que se desinflará como el Globo geo-céntrico, referencial al haber traspasado los límites hacia el vacío sideral, allí donde la ciencia física y sus tecnologías han situado al “Creador”, en el trasfondo del Big-Bang, pero también al Ego como centro de referencia y de sentido. La des-localización, la globalización de la velocidad informática de intercambios comerciales, de conocimientos, de datos e imágenes y la copresencia simultánea de cuanto sucede, parecen deshumanizar y envejecer el Mundo de la Modernidad por el cual ya Husserl temía, y donde ni siquiera la ciudad o el Estado-Nación encuentran ya el encaje que la Geopolítica asentada en la Tierra inmóvil les propiciara...

Si esto es así, y ante estos nuevos fenómenos, la evidencia que nos confiere la continuidad de la fenomenología entre nosotros y de la Filosofía, nos permite asentarnos en la plataforma del *materialismo filosófico* para intentar ordenar la pluralidad de formas, la velocidad de sus cambios y la permanencia, empero, de su estructura inmanente, la que “centra el Mundo” y lo reconstruye desde las formas, desde las partes cambiantes mismas que ante nosotros velozmente envejecen, caducan y mueren.

⁷ Véase a este respecto el interesante opúsculo de Jean Luc Nancy y Philippe Lacoue-Labarthe, *El Mito Nazi*, Anthropos, 2002.